

palabras, se postró cerca del cadáver y le regó con un torrente de lágrimas. Pidió que fuese llevado á su abadía de Chelles: á su vez muchos señores le pidieron para la capital, creyendo que solo ella era digna de poseer reliquias tan preciosas. El tercer partido, y que fué quien salió con su empeño, fué el pueblo de Noyon, que se manifestó dispuesto á todo para conseguir su fin; y sintió tanto la pérdida de un pastor, ó por mejor decir, de un padre tan querido, que se temió exasperarles demasiado mirándose como huérfanos sumamente aflijidos por haber perdido á su padre.

San Ouen nos ha transmitido en la vida de su amigo el compendio inestimable de la doctrina verdaderamente evangélica que Eloy enseñó de viva voz con tanta perseverancia y tanto fruto. Presenta en ella las principales obligaciones del cristiano en estilo sencillo, pero penetrante, tierno y paternal, que conserva toda la impresion del sentimiento y la amable franqueza é ingenuidad de nuestros padres. Las homilias atribuidas á San Eloy, y que no son tan auténticas como su doctrina, no dejan de contener excelentes noticias de la primitiva disciplina, y tambien rasgos sobresalientes y patéticos que no desdeñará en tiempo alguno la verdadera elocuencia. Se advierte que habia leído mucho los sermones de San Cesareo de Arlés, compuestos en efecto para la comodidad de los obispos, y de cuyas fuentes su modestia sencilla no tenia dificultad en beber. Se alaban tambien muchos monumentos del arte ó profesion á que antes de ser obispo estaba dedicado San Eloy, como por ejemplo las urnas de San German de Paris, de Santa Genoveva, de San Severino, de San Quintin de Vermandois, y sobre todas la de San Dionisio apóstol de la nacion, y la del gran San Martin. Por esta razon la reina Batilda empleó toda su magnificencia en adornar el sepul-

cro de un Santo que tanto se habia esmerado en dar iguales honores á otros. Hizo en vida muchos milagros, y no fueron menos los que hizo despues de su muerte.

Bajo la proteccion de la santa reina continuaron multiplicándose los asilos de la piedad. Vaningo, que era uno de los caballeros mas ilustres de la corte, donde gozaba de toda la confianza debida á sus virtudes, fundó, durante su gobierno del pais de Caux, el monasterio de Fecamp que fué al principio una comunidad de monjas (1). Ebroino, muy diferente de Vaningo, y que no tardó en darse á conocer por el mas perverso de su tiempo, hombre sin principios ni carácter, caprichoso, colérico, pero intrigante y faláz, tuvo arte para hacer que le confiriesen la dignidad de gefe de palacio despues de la muerte de Erchinoaldo. Este malvado no dejó de acomodarse en ciertas cosas á la devocion del tiempo. Estableció é hizo muy floreciente mediante los desvelos de San Drausino, obispo de Soissons, la abadía de nuestra Señora de esta ciudad. Fundáronse tambien entonces la famosa abadía de Lobbes del Sambra y otras tres menos considerables por San Landelino; la de Haumont, por un caballero llamado Maldegar, que tomó en ella el hábito: la de Mons, que dió principio á la ciudad de este nombre, por Valdetruda, muger de Maldegar y parienta del rey: la de Maubeuge, por su hermana Santa Aldegunda: la de San José, en el Ponthieu, por San Judoc, vulgarmente José, hermano de Judicael, rey de la pequeña Bretaña, el cual retirándose á la soledad no pudo inclinar á Judoc á que tomase la corona: la de San Fiacro en la diócesis de Meaux por un Santo irlandés del mismo nombre, y otras infinitas de las que se podria formar una larga historia. Vióse una multitud de santos obispos

(1) Act. Bened. tom. 2 passim.

dejar el obispado por la austeridad humilde de los claustros: tales fueron, San Gomberto, arzobispo de Sens, que con el título de su patria fundó la abadía de Senones en las montañas de los Vosgas: San Adeodato de Nevers, fundador de San Die: San Hidulfo, de origen bávaro, el cual, despues de haber sido discipulo del abad Adeodato, vino á ser su sucesor, y luego arzobispo de Tréveris, de donde volvió al desierto de los Vosgas y fundó el monasterio de Moyon-Moutier; y San Claudio, arzobispo de Besanzon, el cual, retirado al monasterio de Condat, hizo tan célebre su persona y su retiro, que se dió su nombre á la abadía y esta llegó á ser ciudad episcopal.

Esta reputacion tan esclarecida de la vida cenobitica la adquirió raros privilegios. Lerius, Agauno, Luxeu, San Dionisio, San German de Paris, San Martin de Tours, San Medardo de Soissons, Corbia y otros muchos entraron á la parte en estas inmunidades. Reyes y grandes, obispos y Sumos Pontífices, todos concurrieron á porfia á señalar en ellas su liberalidad mirándolas como un medio propio para servir al Señor con mas libertad y perfeccion. En fin, estas esenciones tomaron un aspecto tan respetable que llenaron una parte de la obra, mirada entonces como muy interesante, conocida con el título de Fórmulas de Marculfo.

El privilegio concedido á San Dionisio, que trae Marculfo, monge erudito y contemporáneo, conviene perfectamente con el original que conservaba la abadía y estaba escrito en papiro de Egipto (1). Los caracteres, la ortografía, el estilo, todo prueba igualmente la autenticidad de este documento y la barbarie del siglo. El rey Clodoveo II declara en él que Landri, obispo de Paris, ha concedido un privilegio á este monasterio á fin de que los monges oren con mas quietud:

(1) Mabill. dipl. lib. 1, tit. 6, num. 7.

que en su consecuencia prohíbe á todos los obispos y á cualquiera otra persona el que puedan disminuir las rentas ó criados del monasterio, aunque sea á título de cambio, á no preceder el consentimiento de la comunidad y el permiso del rey, ni llevarse los cálices, las cruces, los ornamentos del altar, los libros y otros muebles, ó trasladarlos á la ciudad. Les impone como carga la obligacion de la salmodia perpétua, debiéndola celebrar noche y dia segun estaba establecida desde el tiempo del rey Dagoberto y segun era costumbre en el monasterio de San Mauricio de Agauno. El privilegio está firmado por el rey y por su referendario ó cancelario, y por veinticuatro obispos reunidos con este objeto en concilio.

Marculfo refiere otro privilegio todavia mas amplio (1), que otorgó á un monasterio el obispo diocesano, ofreciendo en él dar las órdenes á los sugetos que el abad y comunidad le presentasen para ejercer sus funciones en el monasterio. Del mismo modo ofrece bendecir en él un altar, enviar todos los años el santo crisma á los monges si lo pidiesen, y darles por abad al que mereciese su eleccion, todo gratuitamente. Dice á mas, que el obispo, los arcedianos y los demas administradores de la iglesia no tendrían potestad alguna en el monasterio, ni en los bienes que le perteneciesen, muebles ó inmuebles, ni en las ofrendas del altar; que el obispo no entraria en el monasterio á no ser á peticion del abad y de los monges, y en tal caso solo para hacer oracion; y despues de acabados los santos misterios se retirarian para no alterar la quietud de la comunidad; que los monges serian corregidos conforme á la regla por el abad solamente si pudiese verificarlo por sí mismo, auxiliándose del obispo solamente en caso necesario. Observamos aqui que estos pri-

(1) Formul. 1.



vilegios no tanto se encaminan á eximir á los monges de la jurisdiccion episcopal, quanto á defenderlos de la inesperiencia de algunos obispos poco impuestos en el conocimiento de la vida interior, ó por mejor decir, del riesgo de abrazar las máximas y los ejemplos de los prelados viciosos que desgraciadamente principiaban ya á no ser raros en la Iglesia: este es no obstante el origen de las esenciones en general. Encontramos tambien en la vida de San Bertulfo, abad de Bobio, un privilegio que obtuvo del Papa Honorio, á fin de que ningun obispo tuviese autoridad alguna en aquel monasterio.

No puede menos de merecer nuestra atencion lo que añade Marculfo con relacion á las ordenaciones ó elecciones de los obispos (1). Dice que intervenian para esto tres actos diferentes: los dos primeros para significar el beneplácito ó la presentacion del rey con consentimiento y por medio de los obispos, y el tercero para declarar la aceptacion y el consentimiento del pueblo. Es verdad que el rey manifiesta su deseo con la espresion de orden ó precepto; y que los deseos de estos principes establecidos por el derecho de conquista, y siempre celosos de dominar militarmente, equivalian por lo comun á un mandato absoluto; pero por otra parte nos han quedado de este tiempo una multitud de decretos dados en Concilio y confirmados por varias ordenanzas de los reyes en favor de las elecciones, cuya libertad habitual acreditan.

Uno de los prelados que sostuvieron con el éxito mas feliz los derechos y la gloria de la Iglesia, fué San Legerio de Autun (2). Brillaban en su persona todas las cualidades propias para este desempeño, entre las que ocupaba el primer lugar la prudencia para

(1) Formul. 1, lib. 1, cap. 3, num. 6 et 7.

(2) Leodeg. Vit. Act. Bened. tom. 2, pag. 681.

conservar entre el sacerdocio y el imperio aquella buena inteligencia cuya importancia la han conocido mejor que nadie en todos tiempos los prelados mas virtuosos y mas instruidos. Era su nobleza de las principales del reino, y se habia familiarizado con las costumbres del mundo y de la corte en la que le colocaron sus padres desde su infancia. Era además de gran estatura, bien formado, discreto, elocuente, y sobre todo tan apacible y modesto en sus costumbres, que se captaba el amor de cuantos le trataban. No eran inferiores á sus cualidades naturales la pureza de sus costumbres, su piedad y madurez; y estos frutos de bendiccion fueron tan precoces, que apenas habia llegado á la edad de veinte años cuando su tio Didon, obispo de Poitiers, que le educó en las letras, le fió el principal cuidado de todos los negocios de su diócesis con gran satisfaccion y edificacion universal. De este modo consiguió Legerio tanta reputacion, que poco tiempo despues le dieron el gobierno de la abadía de San Majencio. Vacando despues el obispado de Autun (dignidad que por lograrla osó la codicia de los pretendientes verter sangre con gran desorden y escándalo) no encontrase otro mas capaz que Legerio para extinguir la division y consolar á esta iglesia, la cual recobró efectivamente en breve tiempo todo el esplendor que habia gozado en los dias de sus mas ilustres prelados.

Gobernábala en la mas profunda paz, cuando las agitaciones del Estado le precipitaron en una infinidad de disgustos interminables, los que despues de mil tormentos le produjeron una muerte llamada justamente martirio, pues tuvo por principio una de las virtudes mas indispensables, á saber, la fidelidad á su principe. Muerto el jóven monarca Clotario III en el año 670, su hermano Childerico II, que ya reinaba

en Austrasia, fué reconocido por todos los grandes como único rey de Francia. Tierri, el segundo de sus hermanos, á quien ya habia elevado Ebroino al trono de Neustria y de Borgoña, y que por la tirania de este hombre avaro y cruel se hizo despues tan odioso, sufrió un encierro en el monasterio de San Dionisio, despues de haberle cortado el cabello y la barba. Hubiera perdido la vida Ebroino á no haber mediado el poder de San Legerio, quien olvidó la enemistad manifiesta que contra él habia profesado aquel hombre perverso por el solo hecho de reprender sus injusticias. Concediéronle la vida: se hizo cortar el cabello y tomó el hábito de monge en Luxeu. Habiendo perdido tres años despues San Legerio la gracia del rey Childerico á quien tan fielmente habia servido, y buscado un refugio en la misma abadía en que estaba Ebroino, vivieron juntos como si nunca mediase entre ellos desavenencia alguna. No correspondió el jóven monarca á las bellas esperanzas que hizo concebir mientras permaneció dócil á los consejos de Legerio, y dejándose llevar de los de algunos aduladores envidiosos, se habia ido declarando insensiblemente contra el santo obispo que no cesaba de enseñarle el camino de la virtud.

Este odio concentrado y largo tiempo oculto manifestóse de un modo bastante favorable al honor del monarca en una disputa que sobrevino entre Legerio y Preyecto de Clermont, dotados uno y otro de las virtudes que forman á los Santos, pero que no siempre impiden la diversidad de sentimientos y de pretensiones. En el año 674 pereció Childerico, poco despues de haber fallado en favor del obispo de Clermont que, en los desórdenes causados por el asesinato de este principe, logró con San Amarino abad una muerte calificada de martirio por los autores contemporáneos, como padecida con resignacion en favor de la justicia. San

Preyecto es aun mas conocido con el nombre de San Prix.

Padeció tambien bastante en esta revolucion San Lamberto, obispo de Mastricht (1). Habia gozado de gran crédito con el rey Childerico, y por eso le arrojaron de su Silla despues de la muerte de este principe. Retiróse al monasterio de Stavelo, donde se sujetó como el último de sus hermanos á todos los ejercicios monásticos.

En cuanto á San Legerio, le restablecieron con honor en su iglesia de Autun; mas Ebroino salió al mismo tiempo de Luxeu sin dejar todavía el hábito de monge y se halló en el mismo camino con el santo obispo. Su odio irreconciliable y disimulado duraba todavía en toda su fuerza, á pesar de sus propias desgracias y del generoso proceder de su bienhechor. Hubiera entonces llevado á cabo sus pérfidos desiguños, á no oponerse San Ginés, arzobispo de Lyon, que llegó á la sazón con un cuerpo de gente armada. Aquí puede observarse que los obispos mas virtuosos no solo tomaban parte en los negocios públicos, sino tambien que en tiempo de guerra levantaban tropas y marchaban á su frente como los demas señores. Tuvo Ebroino por conveniente seguir disimulando y aguardar ocasion mas oportuna para su venganza. Por último, subió de punto su furor luego que supo la exaltacion de Leudesio, hijo del gefe de palacio Erchinoaldo, á la dignidad que tan acertadamente habia desempeñado su padre.

El rey Tierri, luego que supo la muerte de Childerico, salió del monasterio de San Dionisio y subió al trono de Neustria, al propio tiempo que en Austrasia llamaban á Sigeberto, hijo de Dogaberto y refugiado en Irlanda. San Legerio que en los principios puestos por Dios no veia otra cosa que

(1) Act. Bened. tom. 3, pag. 691.



el poder de Dios mismo, conservó á Tierri la fidelidad que habia guardado de un modo inviolable hasta la muerte á Childerico su hermano. No era posible tratar con Legerio sin concederle una entera confianza. Debióse á sus consejos que el nuevo monarca nombrase á Leudesio gefe de su palacio, y esto llegó á noticia del cruel Ebroino. Entonces arrojó la máscara y demostró el verdadero principio que le habia incitado á fingirse adicto al mismo Tierri. Quitóse el hábito de monge, volvió á unirse con su muger, reunió tropa, marchó contra el príncipe é hizo comparecer á un hijo supuesto de Clotario III con el designio aparente de coronarle: y al mismo tiempo mandó asesinar á Leudesio en una conferencia. Destruído su rival, asestó todo su furor contra aquel que le habia encumbrado; y viéndose precisado á volver á Neustria, encargó la venganza á Vaimer, duque de Champaña. El pueblo de Autun, que amaba tiernamente á su pastor, estaba dispuesto á oponer la mas vigorosa defensa; mas el Santo, seguro de que solo se dirigian contra su persona, y representándosele con horror los males á que espondria á los ciudadanos á quienes miraba como á hijos suyos, tomó en secreto sus medidas, y buscando ocasion oportuna se entregó á sí mismo.

Al punto le sacaron los ojos, sufriendo este martirio con inalterable firmeza, sin consentir que le atasen las manos, sin exhalar el menor suspiro, sin proferir una palabra y sin hacer movimiento alguno que pudiese estorbar á sus verdugos. Vaimer contento con su presa, le condujo á Champaña, arrebatando antes toda la plata de la iglesia de Autun, y sacando algunas contribuciones de la ciudad. Habia dispuesto Ebroino que condujesen á Legerio á lo mas espeso de un bosque, y que allí le abandonasen para que muriese de hambre, haciendo cundir luego la voz de que se habia aho-

gado. Padeció en efecto el santo obispo mucha necesidad; pero los corazones mas duros apenas podian resistir á los sentimientos que él inspiraba. El duque, movido á compasion, le mandó traer á su presencia, y enternecióronle sus discursos de tal modo que le devolvió toda la plata de la iglesia de Autun; y esta alma generosa en el seno mismo de la indignancia remitió estas sumas á su pueblo para que las distribuyesen á los pobres.

Entretanto Ebroino abandonó su fantasma de rey para reconciliarse, ó por mejor decir, para dominar á Tierri recobrando juntamente con el empleo de gefe de palacio el poder absoluto sobre toda la Neustria y la Borgoña. Mandó que Legerio y Gairino su hermano compareciesen en su presencia y en la de los señores, y allí los llenó de ultrages y no se avergonzó de imputarles la muerte del rey Childerico. Prendieron á Gairino inmediatamente, le ataron á un poste y le apedrearon. Pero el peso de las leyes oprime con mayor fuerza á los que mas las desprecian; todavia el furioso Ebroino no se atrevió á mandar quitar la vida al santo obispo porque aun no habia sido depuesto; pero dispuso arrojarle á una laguna sobre unas piedras agudas y penetrantes que le rasgaron hasta las plantas de los pies. A mas de haberle sacado los ojos, le cortaron la lengua y los labios, crueldad que no pudo impedirle hablar despues de un modo que se tuvo por milagroso, y aun llegó á curarse perfectamente de sus heridas en Fecamp, á donde le condujo el conde Vaningo encargado de custodiarle; y este, lejos de elogiar á sus perseguidores, le honró como á mártir, y mandó que le tratasen muy bien en aquel rico monasterio de fundacion suya.

Al cabo de dos años que el Santo permanecia allí, mandó Ebroino le trasladasen á palacio para ser depuesto por los obispos,

que se reunieron en gran número. Entre esta multitud de prelados no dejó de hallar bastantes que sirvieron á sus designios, y despues de haber despedazado de arriba abajo la túnica del Santo en señal de deposicion, segun la costumbre, le entregaron á Chrodeberto, conde del palacio, con orden de darle muerte. Pero envidioso el aborrecible Ebroino hasta de la gloria del martirio, hizo buscar un despeñadero ó abismo en el centro de algun sitio oculto para despeñar en él su cuerpo. No pudo resolverse Chrodeberto á verle espirar, y se retiró dando este encargo á cuatro criados suyos. Llena de desesperacion la muger del conde, solo se daba á entender derramando torrente de lágrimas, exhalandos profundos suspiros y dando tantas señales de un dolor excesivo que el mismo Santo tuvo necesidad de consolarla. De los cuatro verdugos que le llevaron á la selva Ivelina, á la que se dió despues el nombre del Santo, tres se echaron á sus plantas pidiéndole perdon; pero el cuarto le cortó apresuradamente la cabeza sin cuidarse de las precauciones ordenadas por el tirano contra la gloria del Santo mártir. Dicese que el asesino vióse poco despues poseido del demonio, y se precipitó en las llamas donde pereció.

La muger del conde Chrodeberto mandó dar honrosa sepultura al cuerpo del Santo mártir, y se obraron tantos milagros en su sepulcro que ha habido pocos en Francia tan célebres. Miraron todos como un castigo del cielo el asesinato de Ebroino, acaecido tres años despues, un domingo antes de amanecer, al tiempo de ir á maitines; pues no se dispensaban de asistir á los oficios públicos ni aun por la noche los grandes mas ocupados en los negocios y menos piadosos. El duque Vaimer habia sido castigado antes por el mismo Ebroino, que con sacrilega y cobarde política le nombró primeramente obispo de Troyes para

separarle de los negocios, y luego le condenó á ser ahorcado despues de haberle hecho sufrir la tortura.

En Inglaterra se multiplicaban los Santos hasta en el trono; ya vimos la muerte santa de los reyes Eduino y Osualdo, que son reverenciados con culto público (1). De los mismos homenajes fué reputado digno el santo arzobispo de Cantorberi llamado Honorio. Su digno sucesor *Deus dedit*, hizo en cierto modo mas honor á aquellos bárbaros civilizados por el cristianismo, en razon á que él era de la Sajonia occidental, en vez de que los cinco arzobispos predecesores suyos habian visto la luz en una tierra menos depravada y muy verosimilmente en Italia. Osuino habia comenzado su reinado por un delito; pero con su celo por la propagacion de la fé y con otras muchas buenas obras procuró reparar el dolor que habia causado á la Iglesia haciendo quitar la vida traidoramente al Santo rey Osualdo. El hijo del rey de los mercienses, llamado Penda como su padre, pidió por esposa á la hija de Osuino, y este se la otorgó con la precisa condicion de que habia de abrazar el cristianismo. Penda declaró entonces que habia resuelto ya verificarlo aun sin mirar al amor de la princesa. Alfrido, hijo del rey Osuino que habia casado con la hermana de Penda, tomó de aquí ocasion para hacer conocer á este jóven príncipe, su cuñado, la verdad y la felicidad del cristianismo. El jóven Penda, nombrado por su padre gobernador de Middelangle, es decir, de la Inglaterra central, fué luego su Apóstol. Hizo venir de Nortumberland y de Irlanda misioneros experimentados, quienes bajo su proteccion convirtieron una multitud de personas de todas clases. Lo que no puede comprenderse, si no se tuviera presente que el Señor dirige el corazon de los reyes se-

(1) Ven. Bed. lib. 3 hist.